

## **NOTAS BIBLIOGRÁFICAS**

**EL BOLIVAR DE JOHN LYNCH:  
UNA OBRA DE FACIL LECTURA,  
PERO DE LENTA Y LABORIOSA  
DIGESTION INTELECTUAL**

**Germán Carrera Damas (\*)**

La obra de John Lynch *Simón Bolívar, a Life* (Yale University Press. New Haven and London, 2006), es una bien concebida oferta para los lectores que no están familiarizados con la vida del grande hombre que simboliza, en su momento y en su proyección, la mayor parte de la historia de la Venezuela republicana. Pero es, igualmente, un bien tramado discurso, histórico e historiográfico, muy apropiado para hacer reflexionar a quienes estamos familiarizados profesionalmente con esa historia. Para los primeros, el planteamiento circunstanciado y crítico de acontecimientos e ideas, correlacionándolos en la acción política y militar del biografado, e incluso en su conformación y desenvolvimiento como personalidad. Para los segundos, concisos ensayos de interpretación, y sugerentes preguntas “de cierre y apertura interpretativa”, que se combinan para ayudar a la comprensión de cuestiones particularmente complejas. En suma, se trata de una obra que lleva a un alto nivel de novedad y lucidez interpretativas una vida abrumada por el uso y abuso que de ella han hecho los historiadores bolivarianos y los aventureros del poder, quienes se han arropado con el prestigio de Simón Bolívar para intentar dignificar sus designios de opresión y lucro. Consciente de esta realidad, al romper el texto, su autor da prueba de su acreditada condición de historiador cabal, cuyo riguroso desempeño científico le lleva a honrar el compromiso, –sin cuyo cumplimiento la comprensión e interpretación del sujeto histórico que-

---

(\*) Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia y miembro de la Comisión de Publicaciones.

daría trunca—, con la obligación de censurar la grotesca falsificación de la historia de que es víctima su biografiado. Y lo hace en términos inequívocos: “Se lo han apropiado partidarios y ha sido cooptado por gobiernos: su actual encarnación en Venezuela como modelo de populismo autoritario proyecta una interpretación más de su liderazgo y conmina al historiador a enderezar las cosas.” Sin pregonarlo, a contribuir a esta labor de enmienda se dedicó el autor con gran destreza.

Pero, antes de proseguir me permito consignar mi convicción de que al aceptar el encargo de redactar esta nota bibliográfica, he acometido una empresa que me es tan grata como ardua. Es una empresa, porque me obliga a comprimir observaciones y reflexiones que merecerían extenso desarrollo. Es difícil la empresa porque obliga a escoger tópicos de una manera que resulta, inevitablemente, poco menos que arbitraria. Y es gratificante la empresa porque el realizarla se inscribe en una conversación, oral y escrita, que mantengo con el autor y su obra toda desde hace unas cuatro décadas.

\* \* \*

El marco de la acción histórica de Simón Bolívar es calificada por el autor, desde el inicio mismo de la obra, como “su revolución” (p. 2); si bien el actor estrella de tal revolución “reflejó la época en que vivió, de manera que advertimos en él pruebas de Ilustración y democracia, de absolutismo e incluso de contrarrevolución” (p. 28), lo que lleva a la conclusión de que “su propia revolución fue única” (p. 29). Por estas razones considera el autor que insistir excesivamente en “los orígenes intelectuales de la revolución de Bolívar y subrayar la influencia del pasado significa ensombrecer su auténtica originalidad” (p. 29). Por consiguiente el autor, si bien hace extensas y básicas consideraciones sobre la formación intelectual de Simón Bolívar, parece llegar a una conclusión que, a mi juicio, es lo más relevante y sin embargo no lo más desarrollado de su mensaje, y tal es la creatividad, unida al coraje, tanto intelectual como político y militar, de expresarla y ponerla por obra. Es precisamente esta suerte de acervo individual lo que no han podido usurpar los saqueadores de su gloria.

Pero cabe preguntarse, acerca de las razones aducidas en abono de la especificidad de la revolución personificada por Simón Bolívar, sobre la circuns-

tancia de que “concibió la revolución americana como más que la lucha por la independencia política” (p. 151), y que la promovió como una revolución continental que lo llevó al Perú (p. 484). La unicidad de esta revolución hace que “no se parezca a los movimientos revolucionarios europeos y del Atlántico Norte” (p. 286). Pero esta revolución política “estuvo acompañada de reforma social, no más” (p. 292). A lo largo de la obra se expresan y evalúan las ideas y propósitos de esa reforma, tales como la abolición de la esclavitud —que cabría considerar el más relevante propósito revolucionario, en acuerdo con los criterios del materialismo histórico—; la emancipación de los indios y la consiguiente generalización de la propiedad privada; y la separación entre el Estado republicano y la Iglesia, simultáneamente la subordinación institucional de esta última. Todo esto en pugna con una vaga tendencia a la democracia, -si bien más supuesta que real-, y con el liberalismo doctrinario y su expresión federalista, al igual que con las proyecciones de estos últimos en el ejercicio de la libertad y la vigencia de la igualdad resultante de la guerra.

Lo que llevaría a concluir que se trató de una revolución política que, a la postre, se vio condicionada, en sus proyecciones sociales, por la necesidad y la urgencia de restablecer la estructura de poder interna de la sociedad, arraigada en el pasado colonial; situación esta última ventilada por el autor (p. 290). En suma, consideraciones de este género exonerarían al autor de plantearse un punto muy debatido por la historiografía venezolana, en términos de si la de Independencia fue una guerra internacional. La formulación y consolidación del proyecto nacional venezolano requería que lo fuese. La historia nacional no sólo proveyó lo necesario sino que buscó salvar así tal contienda de haber sido una guerra civil, lo que le habría contagiado el descrédito de la post Independencia. En cambio, mal puede concebirse una revolución política, con proyección de reforma social, que no resultase una guerra civil. El desenlace de esta confrontación entre ideas y propósitos reformistas, y realidades renuentes al cambio, no pudo ser más trágico: “En el mundo de Bolívar, Sucre [general Antonio José de] fue su heredero espiritual y político. Su muerte significó el fin de la revolución” (p. 275).

Pero, utilizando un recurso muy del gusto del autor, cabe preguntarse sobre cuál revolución había muerto. Para acercarnos al fundamento de tal conclusión, cabe destacar algunas cuestiones representativas, partiendo de la afirmación de que en la Carta de Jamaica, de 1815, “Bolívar, a plena conciencia,

se vio a sí mismo ubicado del lado del cambio contra la tradición, a favor de la revolución contra el conservatismo” (p. 94). La Independencia representaba ese cambio de la manera más visible, pero probablemente tal cambio frente a la tradición tocaba sobre todo al propósito de reforma social que acompañó esa lucha, y tal propósito chocaba con los intereses del componente criollo que, combinado con el componente metropolitano, se conjugaban en el poder colonial que regía la sociedad monárquica colonial.

En este orden de ideas, el autor destaca el fenómeno social que fue denominado *pardocracia*, entendida ésta como la exacerbación de la ancestral aspiración igualitaria de los pardos; el destino de la esclavitud como institución, y la propiedad excluyente de la tierra como criterio de la estructura social. Sobre cada una de estas cuestiones la obra entrega extensas y pertinentes consideraciones, cuyo apropiado comentario desbordaría el espacio de esta nota.

Me limitaré a apuntar que en relación con la *pardocracia*, vista como un peligro (p. 107), el autor la relaciona con la tragedia del general Manuel Piar, dándole fe a la acusación, muy teñida de la disputa por la jefatura militar, que le formuló Simón Bolívar: “Piar representaba el regionalismo, el personalismo y la revolución de los negros. Bolívar estaba por el centralismo, el constitucionalismo y la armonía social” (p. 107). La *pardocracia* y el general Francisco de Paula Santander eran “dos de las primordiales susceptibilidades de Simón Bolívar” (p. 237). En cuanto a los pardos el saldo no pudo ser más desalentador: “Para la masa de los *pardos* la Independencia significó, si algo, una regresión” (p. 289).

La cuestión representada por el destino institucional de la esclavitud muestra dos posiciones extremas. Mientras Simón Bolívar evolucionó hacia una convicción abolicionista genuina, que le llevó a liberar sus propios esclavos, los esclavistas *hacendados* no siguieron su ejemplo porque “no era esa su idea de una revolución republicana” (p. 109). Es más, en el vasto y diverso escenario de la República de Colombia, y particularmente en Bolivia, cuyo proyecto de Constitución redactado y propuesto por Simón Bolívar contemplaba la inmediata y plena abolición de la esclavitud, tal política fue impopular (p. 207) porque chocaba con el derecho de propiedad, cuyo restablecimiento se procuraba como factor necesario de la recuperación de la estructura de poder interna de la sociedad. Por ello “la esclavitud sobrevivió a la Independencia virtualmente intacta” (p. 210), si bien conceptual e incluso jurídicamente

condenada a desaparecer, quedando así comprobado que “Bolívar nunca tuvo el poder requerido para actuar a su gusto”, pues al mismo tiempo que sus adversarios liberales lo calificaban de tirano, eran más que obvias las limitaciones de su poder, al ver rechazadas por ellos sus políticas liberales (p. 288).

No eran menores las dificultades y la complejidad de las repercusiones de las medidas que, si bien indirectamente, guardaban relación con la cuestión de la propiedad excluyente de la tierra, pues ésta y los esclavos constituían el núcleo de la propiedad como factor primordial del ordenamiento social que se buscaba restablecer y estabilizar, para promoverlo como una sociedad republicana moderna liberal. Cabe observar, de entrada, que el autor no parece haberle concedido suficiente atención a la conveniencia de precisar la motivación real de lo decretado y lo actuado en esta materia. Es posible alegar que el propósito de lo resuelto y actuado no fue repartir la tierra sino pagar las tropas y funcionarios independentistas, y que esto se hizo con los bienes confiscados y secuestrados a los enemigos, -ya fuesen ganados, tierras o bienes raíces-, según las circunstancias y una vez vista la imposibilidad de venderlos. Sólo en caso de insuficiencia de tales medios se resolvió recurrir a bienes nacionales y, en alguna ocasión, a la adquisición de ganados, para su adjudicación. Esta política, denominada pago de haberes militares, fue común a ambos contendores. No obstante, el autor parece considerar esta práctica sobre todo como una disposición de que se distribuyese a las tropas independentistas tierras de propiedad nacional (114). Es más, el autor señala a “Jefes como Páez. que adquirieron propiedades que en muchos casos habrían debido ser asignadas a las tropas, frustrando así el propósito de Bolívar de distribuir la tierra confiscada y nacional a los simples soldados” (p. 147).

El autor saca una conclusión respecto de estos aspectos, que considera esenciales, de la acción histórica de Simón Bolívar, y lo hace en términos muy claros: “Bolívar no promovió una revolución social, y nunca pretendió hacerla. La distribución de la tierra, la igualdad social, la abolición de la esclavitud, los decretos a favor de los indios, fueron políticas de carácter reformista -no de un revolucionario.” La razón de este limitado alcance no deja lugar a dudas: “Era demasiado realista para creer que podía cambiar la estructura social de América por medio de la legislación e imponiendo políticas inaceptables para los grandes grupos de interés” (p. 287). En suma, la de Bolívar habría sido una revolución política que abrigó propósitos de

reforma social, algunos de cuyos aspectos perduraron como aspiraciones en los episodios de la misma revolución política que se desarrollaron luego de la desintegración de la República de Colombia, en 1830; es decir cuando ya la controvertida sombra del gran revolucionario político y reformador social no opacaba los méritos de tales reformas.

La comprobación de esta imposibilidad requiere, para ser rectamente entendida, referirla a las herramientas conceptuales utilizadas por el revolucionario político y reformador social. Pero parece que un intento en este sentido debe partir de la comprobación primaria de que se trató, como veremos, de las peripecias enfrentadas por un político realista y creativo; conjunción de aptitudes que le permitieron formular una teoría de la independencia de Hispanoamérica, siguiendo un desarrollo ideológico en el que le fue necesario dilucidar posiciones, y deslindar espacios, respecto de principios generales atinentes al liberalismo doctrinario, al absolutismo y a la democracia, en sus expresiones más en boga: el desacreditado federalismo, la detestada monarquía y la temida anarquía.

Según John Lynch, si bien Simón Bolívar “no fue el primer estadista en construir una teoría de la emancipación colonial” (p. 92), ya en 1815 su elocuencia “llevó la revolución hispanoamericana a la cima de la historia mundial, y su propio papel al liderazgo tanto intelectual como político” (p. 92). Para conseguirlo “Tuvo que diseñar su propia teoría de la liberación nacional, y esta fue una contribución a las ideas de la Ilustración, no una imitación” (p. 92).

En este esfuerzo creativo, en el cual se conjugaron el balance cultural críticamente adquirido, y las enseñanzas brotadas de la acción política y militar, fue necesario repensar nociones entonces reinantes en relación con el liberalismo doctrinario, lo que resultó particularmente significativo en la constancia de su política en lo concerniente a las relaciones entre el Estado y la religión, diferenciándolas de las seguidas con la Iglesia (p. 244). Pero si bien esta área de confrontación con los imperativos sociales tuvo una notable importancia, donde tal confrontación llegó a su más alto grado fue en lo concerniente a la democracia y el federalismo, como expresión primaria de la soberanía popular la primera, y como ejercicio de la soberanía nacional el segundo; ambos factores enmarcados en la organización del Estado y en el grado de cohesión y eficacia del Gobierno. No son pocas en esta obra las expresiones de desconfianza,

de parte de Simón Bolívar, acerca de las posibilidades de la democracia en las nacientes repúblicas dotadas de sociedades coloniales, al igual que acerca de la inherente fragilidad política del federalismo.

\* \* \*

Las circunstancias que formaron el escenario de la acción histórica de Simón Bolívar, y los instrumentos conceptuales empleados por él para desenvolverse, de manera realista y con aptitud creativa, en tan diverso y vasto escenario, reclaman la mesurada valoración del actor como hombre, atendiendo a su personalidad, a los principios asumidos en el desarrollo de su acción histórica, y a las cualidades que dieron sustento o apoyo a la observancia de esos principios, llevando el conjunto a confluir en el alto prestigio de que gozó.

Dice John Lynch que “Bolívar fue un hombre de ideas, pero también un realista”. Al decir esto señala su capacidad de relacionar ideas con la práctica, en el sentido de que fuese esta última el criterio de validación de las primeras. Por ello, “El liberalismo de Bolívar se basó no sólo en los valores sino también en el cálculo. Al tomar decisiones políticas no miraba automáticamente hacia el modelo político de la Ilustración sino hacia situaciones específicas” (p. 144).

En lo concerniente a la creatividad, no es fácil correlacionar dos afirmaciones sucesivas del autor. Luego de asentar que “En la Constitución Boliviana y el mensaje que la acompañó Bolívar alcanzó la cresta de su creatividad” (p.250), sostiene que “Fue Bolívar, el intelectual, el teórico político, quien dio a la independencia de Hispanoamérica su apuntalamiento intelectual, en trabajos cuyo estilo y elocuencia todavía resuenan” (p. 284). Pero dicho esto último el autor introduce el correctivo: “Pero Bolívar no fue tan idealista como para imaginar que América estaba dispuesta para la democracia pura, en que la ley podía anular instantáneamente las desigualdades de la naturaleza y la sociedad” (pp. 285-286).

La historiografía bolivariana, en su conjunto, ha llegado al exceso de pretender que de las buenas cualidades y aptitudes, Simón Bolívar apenas las reunía todas, pero, eso sí, en el más alto grado. John Lynch destaca tres, interrelacionadas. En primer lugar, “La capacidad de Bolívar como líder era



innata, no aprendida; incrementada por la experiencia pero no adquirida de otros” (p.296). A lo que se añadía el hecho de que “Fue también un hombre de acción, aunque él mismo parece haber sido indiferente ante la cualidad que lo diferenciaba de los demás: su resistencia y su tenacidad” (p. 296). A lo que se añadía, como estímulo a su amplitud de miras, pues “no fue un esclavista y nunca un racista” (p. 152).

Como corresponde a una biografía bien orientada desde el punto de vista historiográfico, no cabía omitir la cara de la personalidad que algunos moji-gatos, de ayer y de hoy, han considerado menos relevante, pero en este caso bien ubicada respecto de lo fundamental de la obra, guardando también la proporción entre los rasgos a ser historiados. Así, la muy importante participación de Manuel Sáenz en el último tranco de la vida plena de Simón Bolívar, y el record amatorio de un Libertador que disfrutaba del baile y gustaba de preparar sus propias ensaladas (p. 285). En suma: “nacionalista venezolano, héroe americano, *macho male*, Bolívar se corresponde con todos los papeles” (p. 301).

Con gran acierto, John Lynch destaca en su obra la importancia de la que denomina la pureza de los principios, refiriéndose a los practicados por Simón Bolívar, y atendiendo a la dificultad de su observancia en razón de su hacer histórico. Como consecuencia de la invasión del Virreinato del Perú, y de su desmembración, el fondo de principios de Simón Bolívar se vio sometido a una severa prueba. Si bien, según el autor, se vio inmerso en un mundo de “codicia y desigualdad que él carecía de fuerzas para cambiarlo, el Libertador se mantuvo incorruptible” (p. 210), las circunstancias fueron tales que “Perú hizo aflorar lo peor de Bolívar, a la vez halagando y frustrando su gusto por la gloria y el liderazgo” (p. 211), hasta el punto de que su fiel Daniel Florencio O’Leary dice de esos tiempos que fueron “los días de la pérdida de la pureza y la inocencia de sus principios” (p. 211). Pero fue la suerte de la República de Colombia la que definitivamente retó la perseverancia de Simón Bolívar en la observancia de principios fundamentales, al plantearsele la cuestión del alcance que podía reconocerse a la libertad, en presencia de opositores que buscaban “subvertir el mismo Estado que garantizaba su existencia”, tratándose de un poder público legítimamente constituido (p. 253). Cobraba con ello plena vigencia el planteamiento de la constante inclinación de Simón Bolívar hacia la instauración de un Estado firme, lo que se compadecía con su personal preferencia por un gobierno fuerte, que consideraba necesario no sólo

para la acción militar, sino también en la instauración y el funcionamiento del Estado mismo (p. 204); hacia el ejercicio de una suerte de despotismo ilustrado, como el que quiso instaurar Sucre en Bolivia (p. 204); y hacia la dictadura, establecida mediante una suerte de poder absoluto otorgado por aclamación, como variante de la dictadura comisoría “o provisional”, que era, de hecho, una acentuación de los poderes extraordinarios que le fueran reiteradamente conferidos por los congresos de Colombia. Concluye John Lynch que puesto Simón Bolívar en este trance, “El hombre que denunció la tiranía de España nunca consideró seriamente la adopción de la monarquía; en todo caso, la monarquía constitucional no era para él suficientemente fuerte. Básicamente, procuraba una especie de monocracia. Todo retornaba a la presidencia vitalicia, propuesta en su Constitución para Bolivia” (p. 245).

Las acciones, como la observancia de los principios, contaban con una base persistente, pues el “Irreductible hecho seguía siendo que la fuente de la legitimidad del Libertador eran sus propias cualidades personales” (p. 252). Entre éstas sobresalía la creatividad, manifiesta en la invasión de Nueva Granada, la anexión de Quito a la República de Colombia y la invasión, y la consiguiente desmembración, del Virreinato del Perú; como también en su continuada labor de constitucionalista, como crítico y como redactor de constituciones. En estas actividades se manifestó lo que John Lynch denomina “un sistema de pensamiento y acción” (p. 119); apoyado, a su vez, en una constante ideológica, subrayada por el biógrafo (p. 71), como perceptible desde Cartagena, en 1812, y desarrollada en Jamaica, en 1815, que tuvo a su servicio el “obligante poder de su oratoria” (p. 297), y una “prosa única, una mezcla singular de estilos, clara, alusiva, rica en metáforas y en ocasiones lírica” (p. 297). Coronaba estas cualidades un sentido de la gloria, que “era una pasión dominante, un constante tema de su autoestima, y a veces pareció desear la gloria tanto, e incluso más, que el poder” (p. 292). Todo confluía en el prestigio que respaldó un liderazgo, comprobadamente firme, que le permitía ejercer su autoridad como soldado, político y estadista, haciendo que le siguieran incluso calificados recalcitrantes (p. 142). Pero esta capacidad de atracción iba unida a la severidad, pues, según el autor, “no era fácilmente propenso a la piedad” (p. 282). Su determinación reposaba en la confianza que derivaba de su postura moral (p. 282), revelada en la convicción de que “La guerra de liberación era una justa guerra. De lo que no tenía la menor duda” (p. 282). No menos efectiva era, en este sentido, su disposición a asumir las responsabilidades tanto de sus fracasos como de sus éxitos (p. 298). John Lynch asienta, en síntesis, que

de esta manera quedaba demostrado que “Las revoluciones requieren quien dirija y quien siga. Los pueblos siempre seguirán a quien tenga las ideas más claras y la más clara noción de propósito. Estas fueron las cualidades que permitieron a Bolívar dominar las élites y dirigir las hordas” (p. 211).

\* \* \*

Dejo de lado muchos aspectos de esta obra, aún reconociendo que desde puntos de vista diversos del adoptado para componer esta nota bibliográfica, ellos tienen, separadamente y más aún en conjunto, una relevancia hasta equiparable a la de los aquí comentados, —me refiero, por ejemplo, a cuestiones como la crítica a la Primera República venezolana, la conquista del liderazgo político y militar en 1817-1819 y la formulación y promoción de las organizaciones multinacionales—, sólo que he optado por concentrar mi atención en la personalidad histórica e individual del biografiado.

Por ello me parece razonable intentar un balance, distinguiendo entre los resultados de esta aproximación al personaje biografiado los que, guiándonos por los criterios del autor, podrían ser calificados de positivos, y los que lo serían de negativos. Entre los primeros cabe mencionar algunos que el autor considera aciertos, tales como la consagración de Simón Bolívar en la calidad de *Padre de la Patria*, su legado histórico, y el efecto que tiene, en quien la estudia, lo que denomino el poder de seducción de su personalidad histórica y privada. En el rubro de lo negativo, que representa sobre todo el resultado del saqueo padecido por su legado, cabe mencionar el culto erigido mediante la tergiversación de su memoria, la conformación de una suerte de segunda religión al convertir ese culto de un culto del pueblo en un culto para el pueblo, y, recientemente, el uso perverso de ese fenómeno sociocultural para servir propósitos que ninguna relación válida guardan con el objeto torpemente sacralizado.

Son muchos los casos y las acciones en que la participación de Simón Bolívar ha suscitado controversia sobre su acierto y desacierto. En este grupo figuran la prisión y entrega de Francisco de Miranda a las fuerzas del Rey, la declaración de guerra a muerte, el proceso y ejecución del general Manuel Piar, la convalidación del surgente caudillismo del general José Antonio Páez, la insistencia en que la Constitución que redactó para Bolivia

fuese adoptada por las repúblicas de Perú y Colombia, y hasta el ejercicio de la dictadura comisoría en esta última. En otros casos se asocia la noción de desacierto con la no bien entendida de fracaso, como sucede con la creación de la República de Colombia, que fue básica para el logro de la independencia; y con la invasión y la desmembración del Virreinato del Perú, que consolidó la independencia de la América hispana. Pero el autor subraya, en materia de aciertos, dos altamente significativos y muy personales. Uno fue la selección de Antonio José de Sucre como el más capaz de sus generales y posible heredero, la que considera una decisión inspirada que dice mucho “tanto de los valores de Bolívar como de las cualidades de Sucre” (p. 282). El otro gran acierto consistió en comprender que si bien, como lo sostuvo, la libertad es el único objeto que merece que un hombre le sacrifique su vida, la “libertad en sí no es la clave de su sistema político. Desconfiaba de los conceptos teóricos de libertad, y su odio a la tiranía no le indujo a la glorificación de la anarquía” (p. 284).

Los aciertos, tanto militares como políticos, hicieron que el Congreso de Colombia le proclamase *Padre de la Patria*, reconociendo su decisiva participación en el logro de la Independencia, pero consagrándolo igualmente como guardián de la permanencia, la estabilidad y el florecimiento de la República (p. 299).

En cuanto al legado histórico de Simón Bolívar, es necesario apuntar que si bien el haber formulado la teoría más comprensible sobre la independencia de Hispanoamérica, y el haberla vinculado con una práctica política y militar difícilmente comparable con la otros luchadores independentistas, en la suma de los rasgos de su personalidad es su acción histórica la que llega al punto de generar una suerte de poder de seducción, que le atrae la admiración incluso de mentes profesionalmente críticas, como la de John Lynch. El capítulo 12 de su obra, intitulado “El legado”, es probablemente uno de los más razonados, densos, críticos, y sin embargo entusiastas, elogios de Simón Bolívar, y no sólo de El Libertador, lo que explica que el impacto de ese poder en el historiador (p. 280) le llevó a afirmar, marcando el ocaso del héroe, que “a medida que Simón Bolívar perdía sus fuerzas físicas y sus poderes de líder, seguía siendo la figura sobresaliente en una galería de mediocridades” (p. 271); entre las cuales sobresalía, pero en sentido inverso, el general Francisco de Paula Santander (p. 222).

El rubro de los aspectos negativos del legado histórico de Simón Bolívar está compuesto por las demostraciones de la falsificación de su pensamiento y acción, válida del culto de que es objeto su memoria, si bien esta última ha sido convertida en un producto más historiográfico, -por ser obra de los cultores bolivarianos-, que histórico, por cuanto muy poco tiene que ver ese culto con una valoración genuinamente histórica crítica del personaje y su obra. John Lynch dedica el pasaje final del mencionado capítulo a la descripción y discusión de tal culto, comenzando por su origen (p. 299), y siguiéndolo hasta su conversión en una suerte de segunda religión, que ha reunido a Simón Bolívar “con su nativa Venezuela, un país que no se distingue por su prehistoria o por una sobresaliente experiencia colonial, y grande sólo en la independencia que él le conquistó” (p. 301). El precepto básico de este artificio ideológico es de una aterradora simpleza: “Escuchen su palabra y Venezuela puede salvarse del abismo” (p. 301).

Al comentar la conmemoración del bicentenario del nacimiento de Simón Bolívar, en 1983, en medio de un conjunto de actos de diversa índole, John Lynch se pregunta sobre si no fue ése el último año del culto (p. 304), y observa “que aún quedaba tiempo para un nuevo giro del asunto, una perversión moderna del culto” (304). Esta perversión ha consistido en la explotación de la tendencia autoritaria que ciertamente hubo en el pensamiento y la acción de Simón Bolívar, al ser proclamado por los regímenes de Cuba y Venezuela como santo patrono de sus políticas, distorsionando sus ideas y acomodando su memoria histórica a su necesidad de legitimarlas (p. 304).

\* \* \*

Para cerrar esta nota bibliográfica, estimo pertinente consignar algún comentario sobre dos instrumentos metódicos, -quizás valdría decir dos recursos-, que el autor emplea para hacer de su obra no una biografía, en el sentido más o menos usual, sino una demostración global de alta comprensión y explicación del personaje histórico cuya vida mueve su sentido histórico y estimula su espíritu crítico. Un instrumento, muy eficaz, es la inserción de breves y densos ensayos. El otro consiste en incitar al lector a la reflexión mediante preguntas que deja abiertas.

El autor justifica su recurso a la inserción de los mencionados breves en-

sayos, al decirnos, si bien al finalizar la obra, que “La historia de Bolívar debe seguir una línea narrativa, con rupturas para el análisis e interpretación, y una pausa final para su valoración” (p.281). Efectivamente, todo el mencionado Capítulo 12, está formado por luminosos y breves ensayos, pero en otras partes de la obra, ensayos semejantes ayudan a comprender el desenvolvimiento vital integral del personaje, al insertarse cómoda y oportunamente en la que el autor denomina la línea narrativa.

El otro recurso metódico está constituido por las preguntas con que el autor cierra y abre, al mismo tiempo, pasajes esencialmente complejos, por la carga de cuestiones que suscitan, de la vida histórica del biografiado. El juego de tales preguntas consiste en exponer hechos, ideas y circunstancias, informando debidamente al lector, para luego formular una interrogante que, al dejarla sin respuesta, sugiere al lector que la controversia sobre lo informado y comentado no sólo es legítima sino que queda abierta, y tácitamente se le invita a participar de ella. Tal cosa hace en relación con la primaria adopción de la forma estatal federal, en 1811 (p. 68). Igualmente al suscitar interés sobre si los pardos estaban políticamente convencidos acerca de la causa de la Independencia (p.108); y sobre lo que tenían que ganar los esclavos con la Independencia (p. 109), etc., hasta culminar con una pregunta con la que finaliza la obra, refiriéndose al uso perverso del culto a Bolívar para legitimar el régimen político en la actual Venezuela: “Quién puede decir que será el último?”.

\* \* \*

En suma, esta obra es mucho más que una vida de Simón Bolívar, o quizás por serlo plenamente ofrece una visión crítica estructurada de aspectos esenciales de la historia de los momentos culminantes de la República de Colombia, tanto en su concepción e integración como en su desarrollo y desenlace. El autor lo hace con propiedad, pues no incurre en la que he denominado *la piedad latinoamericanista*, que suele afectar a los latinoamericanistas. La alta valoración de ideas, acontecimiento y personajes, incluyendo las muestras de la admiración despertada por el biografiado, corren pareja con la ironía, siempre reveladora y sugerente. En suma, es una obra de fácil lectura, pero de lenta y laboriosa digestión intelectual.

Caracas, mayo de 2007.